



LA VERGÜENZA DE LOS JAPONÉSES*

Fredo Arias de la Canal

Si México no establece ventajas para la inversión extranjera y no resuelve su problema de corrupción que se constituye como un obstáculo para su desarrollo económico, no será posible la inversión o cooperación de Japón para este país, advirtió Inoue, senador japonés.

E

El Heraldo de México, 1º de agosto de 1990

n El camino al Zen, de su libro EL LOTUS Y EL ROBOT, Arthur Koestler (1905-83) hace un estudio comparativo de varias culturas orientales con nuestra cultura occidental y cita a Ruth Benedict quien hace una distinción entre «culturas de palpabilidad» como la japonesa, para la que «perder cara» o prestigio es inadmisibile.

Una sociedad que inculca reglas absolutas de moralidad y se apoya en el hecho de que el hombre desarrolle una conciencia, se puede llamar una

* El Heraldo de México, 13 de diciembre de 1990. Página 17A.

cultura de culpabilidad (...) La cultura de vergüenza se basa en sanciones externas para su buena conducta al contrario de las culturas de culpabilidad basadas en una convicción de pecado interiorizada.

La vergüenza es una reacción hacia la crítica de otras personas ya sea por haber sido públicamente ridiculizado o rechazado o mediante la fantasía de haberlo sido... en cualquier caso es una sensación poderosa, pero que requiere una audiencia real o imaginaria que la culpabilidad no ha menester.

La vergüenza goza de la misma autoridad en la ética japonesa que «una conciencia clara», «estar bien con dios» y evitar el pecado en la ética occidental. Lógicamente, pues, un japonés no sufrirá de castigo en la otra vida.

En «Miguel Malo y la Honra» (Revista NORTE Nº 252, Marzo-Abril 1973), expuse:

Una de las características peculiares de los individuos que han formado los grandes pueblos, es aquella que denominamos el sentimiento de la honra. Dicho sentimiento trae aparejada la conducta de mantener honra, o sea, actuar de tal manera en la vida que la sociedad esté convencida de que la estimación propia, el buen nombre, el prestigio ante los demás, el honor, la vergüenza y el esfuerzo por sobresalir entre el común, son atributos y virtudes ideales, dignas de ser emuladas por todos los varones.

Ajax el telamónio fue contundente cuando dijo: «Para el hombre noble no hay otra alternativa: o vivir con honra o con ella morir» (Sófocles).

El rey de los ingenios nos dice en boca de don Quijote: «...por la libertad tal como por la honra, se puede y debe aventurar la vida...».

Oigamos a Sócrates: «Ah, atenienses, no es lo difícil evitar la muerte; lo es mucho más evitar la deshonra, que marcha más ligera que la muerte» (Apología).

En estos tres ejemplos se observa la relación íntima que existe entre la honra y la muerte para aquellos individuos que sienten, procuran, mantienen y acrecientan la honra. En estos individuos se da el doble fenómeno de sufrir una adaptación inconsciente al deseo de morir, y en segundo lugar un yo-ideal elevadísimo, creándose un verdadero abismo entre lo que pretenden ser y lo que su masoquismo psíquico les permite ser, al grado de que sólo el cumplimiento de las promesas grandiosas que se han hecho (sublimación) les da armas para defenderse contra la muerte.

Arrebátenseles el objeto de sublimación, destrúyaseles el ideal por el que han luchado, y los habréis entregado al dios Tánatos.

Prosigue Koestler:

Tampoco reconocen lo bueno o lo malo como absolutos; la ética japonesa es pragmática, relativista y situacional. Un hombre no es parte bueno y parte malo; más bien es un espíritu duro o amable, ambos considerados prácticos bajo las circunstancias propicias.

Para los cristianos ser duro cuando hay que ser blando, o viceversa, es malo. He aquí la virtud principal del estadista: Saber cuando hay que ser duro o blando.

El Weltanschauung o manera de ser de los japoneses explica el porqué:

1. Han creado un mercado mundial con artículos de prestigio, desde la derrota de 1945 que los avergonzó ante el mundo, y en medio siglo han creado la segunda economía más poderosa del planeta.

2. Debido a su ética Yin-yang han considerado conveniente copiar, sin pagar derechos de patente, las mejores invenciones de los occidentales a través de un espionaje industrial descarado pero productivo que les ha ahorrado la investigación y desarrollo que es parte importante del costo de las manufacturas tecnológicas de Occidente, que son paulatinamente desplazadas por la competencia japonesa. Además, Japón permite la importación de mercancías al país, pero inteligentemente las anula con trabas burocráticas.

Peter Drucker en *The new realities* (1988), explica cómo los japoneses han desarrollado una estrategia de mercado a largo plazo, defendiendo su mercado interno contra cualquier intrusión y utilizando ese mismo mercado doméstico para subsidiar su formidable industria de exportación. Cuando en 1988 E.E. U.U., les obligó a revaluar el yen a la mitad contra el dólar se dio el caso que las compañías japonesas no alteraron sus precios en dólares en el exterior pero aumentaron el precio a los consumidores japoneses.

Nos explica Koestler cómo se consolidó en Japón una estructura feudal apoyada por el Shogunato en la formidable organización industrial actual, que es aristocrática en esencia:

La costumbre japonesa de adoptar un yerno, requiere el borrar su nombre de su registro familiar y registrarlo de nuevo con el apellido del suegro. Originalmente la intención de prevenir la extinción del linaje masculino de la familia, se convirtió en un método para evadir los rigores de un sistema de castas. Aquí otro ejemplo del genio japonés para combinar la rigidez en lo abstracto con la elasticidad de la práctica. Como resultado, cuando la economía feudal cambió a la economía industrial, la aristocracia feudal no tuvo que encararse con una burguesía hostil porque ya había literalmente adoptado a la burguesía, ya sea individualmente, o en el caso del ZAIBATSU como clase; la nueva aristo-

cracia financiera fue una especie de yerno adoptado por el estado feudal.

Como vemos, tanto la «cultura de culpabilidad» que entre los cristianos protestantes dio como resultado una filosofía económica de «fair play» que ha dominado al mundo, como la cultura de la vergüenza que, aunque es reflejo lunar de la cultura occidental, ha logrado hacerse poderosa y respetada.

En cuanto a los hispanoamericanos, se observa que jamás podremos ser poderosos y respetados por los demás, por tres razones evidentes:

1. Hemos perdido el sentimiento de la honra que heredamos de nuestros españoles e indios originales. Tanto Cortés como Moctezuma eran personas honradas que se guardaban de no menosvaler ante los demás. Sentían vergüenza, al igual que la sintieron después nuestros próceres de la Independencia. Iturbide regresó a la Patria, liberada por él, a SUICIDARSE, por no tolerar la vergüenza de morir en el exilio.
2. No hemos sabido conciliar los intereses económicos tradicionales con las nuevas fuerzas dinámicas que han ido surgiendo, con lo cual hemos dado bandazos a izquierda y a derecha, destruyéndolo todo en el camino. Como podemos observar la política de importaciones indeliberadas ha dejado inerte al mercado interno contra los «dumpings» de mercancías que están afectando seriamente a la planta industrial. Solo los fabricantes de calzado han reducido sus ingresos en un 40 por ciento. ¿Habrá alguien que tenga la vergüenza de informar qué manufacturas ha exportado México a Formosa, Corea y Japón?
3. Hemos perdido muchos de los valores morales y éticos del cristianismo (únicos que hemos conocido), lo cual nos ha conducido a la hipoteca nacional y por lo tanto a una soberanía relativa.

Observamos a algunos de nuestros presidentes y expresidentes de gobierno, cuyas inmoralidades particulares las han sufrido sus propias familias, no sólo deshonrándolas a ellas, sino haciéndonos pasar vergüenza a todos los demás. Veamos lo que Carlos Saúl Facundo Menem le escribió a su padre, el Excelentísimo Señor Presidente de la República Argentina:

«Te esperé antes, cuando disfrutabas tu viaje al exterior porque creí en vos. Te estuve esperando ahora porque no podía creer que fueras vos, mi padre, el que habla de Dios, de la Patria y de los humildes quien echara su familia como lo hiciste, de la forma humillante que lo hiciste, y nos sometás a una falta de respeto y a una agresión sistemática a tu esposa y a tus hijos a los que alguna vez dijiste querer».

«¿Qué fue lo que te pasó? ¿Te mareó el poder o son tan fuertes las influencias internas y externas de quienes te rodean hoy que te han hecho cambiar la visión de nuestro país, tu gente, tus amigos, tu familia?» (...)

«No tuviste siquiera la hombría de pedirnos cara a cara que nos fuéramos de la quinta presidencial. No, nos mandaste soldados para que nos echaran. ¿Es que somos tan peligrosos?» (...)

(El Heraldo de México, 29 de junio de 1990).

